

La espada de Avempartha

Segundo volumen
de Las revelaciones de Riyria

Michael J. Sullivan



timunmas

Capítulo 1

Colnora



Cuando el hombre salió de las sombras, Wyatt Deminthal supo que aquél sería el peor día de su vida, y tal vez el último. Vestía ropa de lana cruda y tosco cuero. Le resultó vagamente familiar, un rostro visto durante un breve instante a la luz de una vela, unos dos años antes, una cara que Wyatt había esperado no volver a ver nunca más. El hombre llevaba tres espadas, todas vapuleadas y sin brillo, con la empuñadura manchada de sudor y rayada. Casi treinta centímetros más alto que Wyatt, con hombros más anchos y manos poderosas, se mantenía en equilibrio sobre las puntas de los pies. Clavó la mirada en Wyatt como un gato que contempla un ratón.

—Barón Delano DeWitt, de Dagastán. —No era una pregunta, sino una acusación.

Wyatt sintió que se le encogía el corazón. Incluso después de haber reconocido la cara, una parte de él —lo que le quedaba de optimismo que de algún modo había logrado sobrevivir después de aquellos espantosos años— aún abrigaba la esperanza de que sólo quisiera robarle. Pero al oír aquellas palabras, la esperanza murió.

—Lo siento, vuestra merced debe de haberse equivocado —le contestó al hombre que le cerraba el paso, intentando con toda su alma que el tono fuera cordial y descuidado, ausente de toda culpabilidad. Incluso trató de disimular su acento caliano para resultar más convincente.

—No, no me he equivocado —insistió el hombre mientras cruzaba el callejón para acercársele, devorando el tranquilizador espa-

cio que mediaba entre ellos. Sus manos permanecían a plena vista, cosa que resultaba más preocupante que si hubieran descansado sobre el pomo de las espadas. Aunque Wyatt llevaba una buena espada, el hombre parecía no tenerle ningún miedo.

—Bueno, pues resulta que me llamo Wyatt Deminthal, y pienso, por tanto, que vuestra merced tiene que estar equivocado.

Wyatt se alegró de haber podido decir toda la parrafada sin tartamudear. Haciendo un gran esfuerzo se concentró en relajar el cuerpo, dejó caer los hombros y descargó el peso sobre un talón. Incluso se obligó a sonreír de modo agradable y echar una mirada en torno con tranquilidad, como lo haría un hombre inocente.

Se hallaban frente a frente en el estrecho callejón abarrotado, a apenas unos metros del edificio donde Wyatt tenía alquilado un altillo. Estaba oscuro. Detrás de él había colgado un farol en el lateral de un almacén de productos agrícolas. Veía el oscilante resplandor y la luz que destellaba en los charcos dejados por la lluvia sobre el adoquinado. Detrás de sí aún podía oír la música de la taberna Ración Gris, apagada y metálica. A lo lejos resonaban voces, risas, gritos, discusiones, el estruendo de un recipiente que caía seguido por el maullido de un gato invisible. Por alguna parte pasó un carruaje traqueteando la piedra mojada. Era tarde. Los únicos que quedaban por la calle eran borrachos, putas o aquellos que tenían asuntos que se resolvían mejor en la oscuridad.

El hombre se acercó un paso más. A Wyatt no le gustó cómo lo miraba. En sus ojos había una expresión dura, un aire de decidida resolución, pero era el atisbo de pesar lo que más miedo le daba.

—Vuestra merced es quien nos contrató a mí y a mi amigo para que robáramos una espada del castillo Essendon.

—Lo siento. De verdad que no tengo ni idea de qué está hablando vuestra merced. Ni siquiera sé dónde está ese tal castillo Essendon. Tiene que haberme confundido con otro hombre. A lo mejor es por el sombrero. —Wyatt se quitó el chambergo de ala ancha y se lo mostró al hombre—. Verá, es un sombrero corriente porque todo el mundo puede comprar uno, pero, al mismo tiempo, poco corriente porque muy poca gente lo lleva en estos tiempos. Lo más probable es que haya visto a alguien con un sombrero similar y supuesto que era yo. Un error comprensible. No me siento ofendido, se lo aseguro.

Wyatt volvió a ponerse el sombrero, inclinándolo hacia adelante y ladeándolo un poco. Además del sombrero, llevaba un costoso

jubón de seda rojo y negro y una llamativa capa corta; sin embargo, la ausencia de ribetes de terciopelo combinada con las botas gastadas delataban su condición. El solitario aro de oro que le perforaba la oreja izquierda evidenciaba algo más; era su única concesión, un recuerdo de la vida que había dejado atrás.

—Cuando llegamos a la capilla, el rey estaba tendido en el suelo. Muerto.

—Me doy cuenta de que no se trata de una historia feliz —dijo Wyatt mientras tironeaba de los dedos de sus elegantes guantes rojos, hábito que tenía cuando estaba nervioso.

—Había guardias esperando. Nos arrojaron a las mazmorras. Estuvimos a punto de ser ejecutados.

—Lamento mucho que los utilizaran de un modo tan abyecto, pero, como ya le he dicho, yo no soy DeWitt. Nunca he oído hablar de él. Me aseguraré de mencionar a vuestras mercedes si nuestros caminos llegaran a cruzarse. ¿Quién debo decir que lo está buscando?

—Riyria.

Detrás de Wyatt, la luz del almacén de productos agrícolas se apagó.

—Es una palabra élfica que significa «dos» —le susurró una voz al oído.

El corazón se le aceleró, y antes de que pudiera volverse sintió el agudo filo de una hoja metálica en la garganta. Quedó tan petrificado que apenas podía respirar.

—Vuestra merced nos tendió una trampa mortal —continuó la voz a su espalda—. Fue quien negoció el trato. Quien nos situó en la capilla para que cargáramos con la culpa. Yo he venido a corresponder a la bondad de vuestra merced. Si quiere decir unas últimas palabras, dígalas ya, y dígalas rápido.

Wyatt era un buen jugador de cartas. Percibía los faroles, y el tipo de detrás no estaba echándose un farol. No estaba allí para asustarlo, presionarlo ni manipularlo. No buscaba información; sabía todo lo que necesitaba saber. Todo eso se expresaba en su voz, en su tono, en sus palabras, en el ritmo de su respiración en el oído de Wyatt: estaba allí para matarlo.

—¿Qué sucede, Wyatt? —preguntó una voz aguda.

Callejón abajo se abrió una puerta, y la luz que salió al exterior dibujó la silueta de una muchacha cuya sombra corrió por el adquinado y subió por la pared de enfrente. Era delgada, con el ca-

bello largo hasta los hombros, y llevaba puesto un camisón que le llegaba a los tobillos y dejaba a la vista sus pies descalzos.

—¡Nada, Allie... Vuelve dentro! —gritó Wyatt, ahora con cierto nerviosismo en la voz.

—¿Quiénes son esos hombres con los que estás hablando?
—Allie avanzó un paso hacia ellos. Uno de sus pies chapoteó en el agua de un charco—. Parecen enfadados.

—No permitiré que queden testigos —siseó la voz de detrás de Wyatt.

—Déjenla en paz —imploró éste—. Ella no estuvo implicada. Fui sólo yo.

—¿Implicada en qué? —preguntó Allie—. ¿Qué está pasando?
—Avanzó un paso más.

—¡Quédate donde estás, Allie! No te acerques más. Por favor, Allie, haz lo que te digo. —La muchacha se detuvo—. Una vez hice algo malo, Allie. Tienes que entenderlo. Lo hice por nosotros, por ti, por Elden y por mí. ¿Recuerdas cuando conseguí aquel empleo, hace algunos inviernos? ¿Cuando me fui al norte durante un par de días? Fue... fue entonces cuando ocurrió. Fingí ser alguien que no soy, y estuve a punto de provocar la muerte de otras personas. Así fue como conseguí el dinero para el invierno. No me odies, Allie. Te quiero, tesoro. Por favor, vuelve a entrar.

—¡No! —protestó ella—. Puedo ver el cuchillo. Van a hacerte daño.

—¡Si no lo haces nos matarán a los dos! —le gritó Wyatt con aspereza, con demasiada aspereza. No quería hacerlo, pero tenía que lograr que lo entendiera.

Allie se había puesto a llorar. Permaneció de pie en el callejón, bajo la luz de un farol, temblando.

—Vete dentro, tesoro —le insistió Wyatt, que se rehízo y procuró calmarse—. No pasará nada. No llores. Elden te cuidará. Hazle saber qué ha sucedido. No pasará nada.

Ella continuó llorando.

—Por favor, tesoro, tienes que entrar ahora mismo —suplicó Wyatt—. Es lo único que puedes hacer. Es lo que necesito que hagas. Por favor.

—¡Té... quiero... pa... pá!

—Lo sé, tesoro, lo sé. Yo también te quiero, y lo lamento muchísimo.

Allie reculó con lentitud hacia la entrada, y la franja de luz dis-

minuyó hasta que la puerta se cerró de golpe y dejó el callejón sumido en la oscuridad una vez más. Sólo el débil resplandor azulado de la luna envuelta en nubes penetraba en el estrecho pasaje en el que se encontraban los tres hombres.

—¿Qué edad tiene? —preguntó la voz de detrás.

—No la metan en esto. Sólo les pido que lo hagan rápido; ¿pueden concederme eso? —Wyatt se preparó para lo que iba a llegar. Ver a la niña lo había quebrantado. Temblaba violentamente, tenía las manos enguantadas de rojo cerradas con fuerza, y el pecho tan tenso que le costaba tragar y respirar. Sentía el filo de metal contra la garganta, y esperaba a que se moviera, se deslizara.

—¿Sabía que era una trampa cuando fue a contratarnos? —preguntó el hombre de las tres espadas.

—¿Qué?... ¡¡No!!

—¿Lo habría hecho si lo hubiera sabido?

—No lo sé... supongo que... sí. Necesitábamos el dinero.

—¿Así que vuestra merced no es barón?

—No.

—¿Qué, entonces?

—Era capitán de barco.

—¿Era? ¿Qué sucedió?

—¿Van a matarme de una vez? ¿Por qué tantas preguntas?

—Por cada pregunta que responde, vuestra merced respira una vez más —dijo la voz de detrás. Era la voz de la muerte, carente de emoción y vacía. Oírla hacía que el estómago de Wyatt se contrajera como si mirara por encima del borde de un precipicio. El hecho de no verle la cara y saber que sujetaba el arma que iba a matarlo hacía que se sintiera como en una ejecución. Pensó en Allie, abrigó la esperanza de que estuviera bien... y luego se dio cuenta de que iba a verlo. El pensamiento lo golpeó con una claridad asombrosa. Saldría corriendo cuando todo hubiese acabado y lo encontraría en la calle. Caminaría sobre su sangre.

—¿Qué sucedió? —preguntó otra vez el ejecutor, y su voz borró en un instante todo pensamiento.

—Vendí mi barco.

—¿Por qué?

—Eso no importa.

—¿Deudas de juego?

—No.

—¿Por qué, entonces?

—¿Qué importa eso? Van a matarme de todos modos. ¡Háganlo y basta!

Había recobrado la serenidad y estaba preparado. Apretó los dientes y cerró los ojos. Aun así, el ejecutor retrasó el fin.

—Importa —le susurró el ejecutor al oído—, porque Allie no es hija de vuestra merced.

La hoja se apartó del cuello de Wyatt.

Con lentitud, vacilante, Wyatt se volvió para encararse con el hombre que empuñaba la daga. Nunca antes lo había visto. Era más bajo que su compañero, vestía una capa negra con una capucha que le ocultaba el rostro, del que sólo permitía captar atisbos: la punta de una nariz afilada, pómulos prominentes, el extremo del mentón...

—¿Cómo sabe eso?

—Nos vio en la oscuridad. Vio mi cuchillo contra la garganta de vuestra merced, aunque estábamos en la sombra y a veinte metros de distancia.

Wyatt no dijo nada. No se movió ni habló. No sabía qué pensar. De algún modo, algo había cambiado. La certeza de su muerte dio un paso atrás, pero su sombra permaneció. No tenía ni idea de qué estaba sucediendo, y le causaba terror dar un paso en falso.

—Vuestra merced vendió el barco para comprarla a ella, ¿no es cierto? —adivinó el hombre de la capucha—. Pero ¿a quién se la compró, y por qué?

Wyatt fijó la mirada en el semblante de debajo de la capucha, un paisaje inhóspito, un desierto despojado de toda compasión. La muerte estaba allí, a un mero suspiro de distancia; una sola palabra era cuanto separaba la eternidad de la salvación.

El hombre más grande, el de las tres espadas, tendió una mano para posarla sobre uno de sus hombros.

—Es muchísimo lo que depende de la respuesta que nos dé. Pero eso ya lo sabía, ¿no es cierto? Ahora mismo está intentando decidir qué va a decir, y, por supuesto, intenta adivinar qué queremos oír nosotros. No lo haga. Cíñase a la verdad. Al menos de ese modo, si se equivoca, la muerte de vuestra merced no será debida a una mentira.

Wyatt asintió con la cabeza. Volvió a cerrar los ojos e inspiró profundamente.

—Se la compré a un hombre llamado Ambrose.

—¿Ambrose Moor? —preguntó el ejecutor.

—Sí.

Wyatt esperó, pero no sucedió nada. Abrió los ojos. La daga había desaparecido y el hombre de las tres espadas le sonreía.

—No sé cuánto le costó a vuestra merced esa niña, pero fue el dinero mejor gastado de su vida.

—¿No van a matarme?

—Hoy no. Aún nos debe vuestra merced cien dogmas, la otra mitad del trabajo —le respondió el hombre de la capucha con frialdad.

—No... no los tengo.

—Consígalos.

La luz se derramó con brusquedad por el callejón cuando la puerta de la vivienda de Wyatt se abrió de golpe y Elden salió a la carga. Sujetaba por encima de la cabeza una gigantesca hacha a dos manos mientras avanzaba a grandes zancadas hacia ellos con expresión decidida.

El hombre de las tres espadas desenvainó dos de ellas con rapidez.

—¡Elden, NO! —gritó Wyatt—. ¡No van a matarme! Alto.

Elden se detuvo con el hacha en alto mientras sus ojos pasaban de uno a otro.

—Me dejan marchar —le aseguró Wyatt, y luego se volvió hacia los dos hombres—. Es así, ¿verdad?

El hombre de la capucha asintió con la cabeza.

—Salde vuestra merced esa deuda.

Cuando los hombres se alejaron, Elden fue a reunirse con Wyatt, y Allie salió corriendo para abrazarlo. Los tres se encaminaron de vuelta a la vivienda y atravesaron la entrada. Elden se volvió a mirar atrás por última vez, y luego cerró la puerta.



—¿Has visto el tamaño de ese tipo? —le preguntó Hadrian a Royce, sin dejar de mirar por encima del hombro como si el gigante pudiera atacarlos por sorpresa—. Nunca había visto a nadie tan grande. ¡Tiene que medir más de dos metros, y ese cuello, esos hombros, y esa hacha! Harían falta dos como yo sólo para levantarla. Tal vez no es humano, quizá es un gigante, o un troll. Algunos juran que existen. He conocido a algunos que juran haberlos visto personalmente.

Royce miró a su amigo y frunció el ceño.

—Vale, es cierto que sobre todo lo dicen en las tabernas, cuando están borrachos, pero eso no significa que sea imposible. Pregúntale a Myron, él te lo confirmará.

Los dos iban en dirección norte hacia el puente de Langdon. El entorno estaba en calma. En el respetable distrito de la colina de Colnora, la gente era más propensa a dormir por las noches que a andar de juerga por las tabernas. Era el hogar de los más importantes comerciantes, acaudalados empresarios que poseían casas más espléndidas que muchas de las mansiones palaciegas de la gran nobleza.

Colnora había comenzado como una simple parada de descanso situada en la intersección de las rutas comerciales de Wesbaden y Aquesta. Originalmente, un granjero llamado Hollenbeck y su esposa proporcionaban agua a las caravanas y ofrecían a los mercaderes sitio para dormir en el granero a cambio de noticias y mercancías. Hollenbeck tenía buen ojo para apreciar la calidad, y siempre escogía lo mejor de la carga.

Su granja no tardó en convertirse en posada, y Hollenbeck añadió una tienda y un almacén para vender lo que adquiriría de los viajeros en tránsito. Los comerciantes, al verse privados de lo mejor de las mercancías que transportaban, compraron parcelas al lado de su finca y abrieron sus propias tiendas, tabernas y posadas de camino. La granja se convirtió en un pueblo, y luego en una ciudad, pero las caravanas continuaban dando preferencia a Hollenbeck. La leyenda afirmaba que esto se debía a lo cariñosa que era su esposa, una mujer maravillosa que, además de poseer una belleza fuera de lo corriente, cantaba y tocaba la mandolina. Se decía que hacía los más exquisitos pasteles de melocotón, arándanos y manzana. Siglos más tarde, cuando nadie podía situar con precisión el emplazamiento de la granja original de Hollenbeck, y pocos recordaban que había existido alguna vez el granjero, continuaban recordando a su mujer: Colnora.

Con el correr de los años la ciudad floreció hasta convertirse en el centro urbano más grande de Avryn. Los comerciantes encontraban en ella la última moda en ropa, la más exquisita joyería, y la más amplia variedad de especias exóticas en centenares de tiendas y mercados. Además, la población era el hogar de algunos de los mejores artesanos, y presumía de las más populares posadas y tabernas del país. La gente del espectáculo se había congregado allí mucho

tiempo antes y animado a Cosmos DeLur, el más rico residente de la ciudad y mecenas de las artes, a construir el teatro DeLur.

Mientras atravesaban el distrito, Royce y Hadrian se detuvieron con brusquedad ante el gran tablón pintado de blanco del teatro. Mostraba las siluetas de dos hombres que escalaban por el exterior de la torre de un castillo, y decía:

LA CONSPIRACIÓN DE MELENGAR

Cómo un joven príncipe y dos ladrones salvaron un reino
Representaciones vespertinas diarias

Royce alzó una ceja, mientras Hadrian se pasaba la punta de la lengua por los incisivos. Se miraron el uno al otro, pero ninguno de los dos dijo nada antes de seguir camino.

Al salir del distrito de la colina, continuaron por la calle del Puente que descendía hacia el río. Pasaron ante hileras de almacenes, gigantescos edificios blasonados con marcas comerciales como si fueran escudos reales. Algunas eran simples iniciales, por lo general de empresas nuevas que no tenían aún conciencia de su propia identidad. Otras presentaban marcas como la cabeza de jabalí de la Compañía Bocant, un imperio basado en la carne de cerdo, o el símbolo del diamante de las Empresas DeLur.

—¿Te das cuenta de que jamás va a poder pagarnos los cien?
—preguntó Hadrian.

—Lo único que yo quería era que no pensara que estaba librándose con demasiada facilidad.

—No querías que pensara que Royce Melborn se ablandaba a la vista de las lágrimas de una niña.

—No era una niña cualquiera, y, además, él la salvó de Ambrose Moor. Sólo por eso se ha ganado una vida.

—Eso es algo que siempre me ha intrigado. ¿Cómo es que Ambrose todavía está vivo?

—Me han apartado de mi propósito, supongo —respondió Royce en su tono de «no hablemos de eso», y Hadrian dejó el tema.

De los tres puentes principales de la ciudad, el de Langdon era el más ornamental. Hecho con piedra tallada, estaba flanqueado cada pocos pasos por grandes farolas en forma de cisnes que, cuando se encendían, le conferían un aspecto festivo. En ese momento, no obstante, con las luces apagadas, la piedra estaba mojada y parecía oleosa y resbaladiza.

—Bueno, al menos no hemos pasado el último mes buscando a DeWitt por nada —comentó Hadrian, sarcástico, mientras cruzaban el puente—. Yo habría pensado...

Royce se detuvo y levantó una mano con brusquedad. Ambos hombres se volvieron, y sin pronunciar una sola palabra desvainaron las armas al tiempo que se desplazaban para quedar espalda contra espalda. No parecía suceder nada raro. El único sonido era el rugido de las agitadas aguas que corrían y se arremolinaban debajo de ellos.

—Impresionante, Plumero —le dijo a Royce un hombre que salió de detrás de una de las farolas del puente. Tenía la piel pálida y un cuerpo tal delgado y huesudo que le sobaban calzones y camisa por todas partes. Parecía un cadáver que alguien hubiese olvidado enterrar.

Hadrian reparó en que otros tres hombres entraban con sigilo en el puente, detrás de ellos. Todos tenían una apariencia similar, delgados y musculosos, y todos ellos vestían ropa oscura. Los rodearon como lobos.

—¿Qué os indicó que estábamos aquí? —preguntó el hombre delgado.

—Me parece que fue vuestro aliento, aunque el olor corporal no puede descartarse —replicó Hadrian con una sonrisa mientras estudiaba sus proporciones, movimientos, y la dirección que seguían sus ojos.

—Cuidado con esa boca, hermano —lo amenazó el más grande de los cuatro.

—¿A qué debemos esta visita, Precio? —preguntó Royce.

—Es curioso, porque yo estaba a punto de preguntarte lo mismo —señaló Precio—. A fin de cuentas, ésta es nuestra ciudad, no la vuestra... Ya no.

—¿El Diamante Negro? —preguntó Hadrian.

Royce asintió con la cabeza.

—Y tú debes ser de Hadrian Blackwater —observó Precio—. Siempre había pensado que eras más grande.

—Y tú eres un diamante negro. Siempre había pensado que erais más.

Precio sonrió, le sostuvo la mirada durante el tiempo suficiente como para sugerir una amenaza, y devolvió la atención a Royce.

—Bueno, ¿y qué estáis haciendo por aquí, Plumero?

—Estamos de paso, nada más.

—¿De verdad? ¿Nada de trabajo?

—Nada que pueda interesarte.

—Bueno, verás, es en eso que te equivocas. —Precio se apartó de la farola en forma de cisne y comenzó a caminar lentamente en círculo alrededor de ellos mientras hablaba. El viento que bajaba por el río agitaba su camisa como si fuera una bandera izada—. Al Diamante Negro le interesa todo lo que pasa en Colnora, y más particularmente cuando tiene que ver contigo, Plumero.

Hadrian se inclinó hacia Royce.

—¿Por qué no deja de llamarte Plumero?

—Ése era mi nombre gremial —replicó Royce.

—¿Él era un diamante negro? —preguntó el que parecía más joven de los cuatro. Tenía unos mofletes redondos enrojecidos por el viento y una boca pequeña rodeada por un fino bigote y una perilla.

—Ah, sí, es verdad, Grabador, tú no has oído hablar de Plumero nunca antes de ahora, ¿verdad? Grabador es nuevo en el gremio, hace que está con nosotros apenas... ¿qué, seis meses? Bien, verás, Plumero no sólo fue un diamante, sino que fue un dirigente, un «taburete», y uno de los miembros más notorios de la historia del gremio.

—¿Taburete? —preguntó Hadrian.

—Asesino, como el tipo que patea el taburete de debajo de los pies del que van a ahorcar —explicó Royce.

—Éste es toda una leyenda, en verdad —continuó Precio, mientras seguía paseándose por el puente y esquivaba con cuidado los charcos—. Chico prodigio de su época. Ascendió en la organización a tanta velocidad que puso nerviosa a la gente.

—Es curioso —dijo Royce—. Yo sólo recuerdo ponerse nerviosa a una persona.

—Bueno, cuando el primer dirigente del gremio se pone nervioso, también se ponen nerviosos todos los demás. Verás, por entonces, el gremio tenía a un hombre llamado Hoyte que dirigía el cotarro. La mayoría opinábamos que era un zoquete, buen ladrón y buen administrador pero un zoquete de todos modos. Plumero contaba con mucho apoyo por parte de las filas de base, y a Hoyte le preocupaba que pudiera llegar a reemplazarlo. Empezó a ordenarle a Plumero que hiciera los trabajos más peligrosos, trabajos que salían sospechosamente mal. Sin embargo, Plumero escapaba siempre sin un rasguño, cosa que lo hacía quedar todavía más

como un héroe. Comenzaron a circular rumores de que podríamos tener un traidor en el gremio. En lugar de preocuparse, Hoyte vio esto como una oportunidad.

Precio hizo una pausa en su caminata de orador por el puente para detenerse ante Royce.

—Verás, en aquella época había tres taburetes en el gremio, y eran todos buenos amigos. Jade, la única mujer asesina del gremio, era una belleza que...

—¿Esto va a algún sitio, Precio? —preguntó Royce.

—Sólo estoy poniendo a Grabador un poco en antecedentes, Plumero. No me reprocharás que aproveche la oportunidad para educar a mis muchachos, ¿verdad? —Precio sonrió y volvió a pasearse con despreocupación, deslizando los pulgares al interior de la holgada cintura de los pantalones—. ¿Por dónde iba? Ah, sí, Jade. Sucedió justo allí. —Señaló hacia el extremo del puente por el que habían llegado—. Ese almacén vacío que tiene el símbolo del trébol en un costado. Fue allí donde Hoyte les tendió la trampa para lanzarlos al uno contra el otro. Entonces, como ahora, los taburetes llevaban máscaras para evitar ser reconocidos. —Precio hizo una pausa y miró a Royce con fingida compasión—. No tuviste ni idea de quién era ella hasta que todo hubo acabado, ¿verdad, Plumero? ¿O sí lo sabías y la mataste de todos modos?

Royce no dijo nada, pero fulminó a Precio con una mirada peligrosa.

—El último de los taburetes era Rajador, que se sintió comprensivamente disgustado al saber que Plumero había asesinado a Jade, dado que Rajador y Jade eran amantes. El hecho de que el responsable fuese su amigo convirtió el asunto en algo personal, y Hoyte se sintió encantado de dejar que Rajador ajustara cuentas.

»Pero Rajador no quería la muerte de Plumero. Quería que sufriera, e insistió en algo más elaborado, más doloroso. El hombre es un maestro de la estrategia, nuestro mejor planificador de asaltos, y dispuso las cosas para que Plumero fuera detenido por la guardia de la ciudad. Con unos cuantos favores y un poco de dinero compró un juicio cuyo resultado fue que enviaron a Plumero a la prisión de Manzant. El agujero del que nunca regresa nadie. Se pensaba que era imposible escapar de allí... pero de algún modo Plumero lo logró. ¿Puedes creer que aún no sabemos cómo lograste salir? —Hizo una pausa para darle a Royce la posibilidad de responder.

Una vez más, Royce guardó silencio.

Precio se encogió de hombros.

—Cuando escapó, Plumero regresó a Colnora. Primero, el magistrado que presidió su juicio fue hallado muerto en la cama. Luego, los falsos testigos, los tres en la misma noche, y por último el fiscal. Poco después comenzaron a desaparecer miembros del Diamante Negro, uno a uno. Aparecían en los sitios más extraños: el río, la plaza de la ciudad, incluso el campanario de la iglesia.

»Después de perder a más de una docena de sus miembros, el Diamante hizo un trato. Le entregaron Hoyte a Plumero, que lo obligó a confesar públicamente. Luego Plumero mató a Hoyte y lo dejó en la fuente de la plaza de la Colina; fue puro arte. Aquello acabó con la guerra, pero las heridas eran demasiado profundas como para ser perdonadas. Plumero se marchó, para reaparecer años después trabajando en el territorio de la Mano Carmesí, en el norte. Pero no eres miembro, ¿verdad?

—Los gremios ya no tienen mucha utilidad para mí —replicó Royce con frialdad.

—¿Y quién es ése? —preguntó Grabador, a la vez que señalaba a Hadrian—. ¿El sirviente de Plumero? Carga armas suficientes para los dos.

Precio le sonrió.

—Ése es Hadrian Blackwater, y yo no lo señalaría... te arriesgas a perder un brazo.

Grabador miró a Hadrian con escepticismo.

—¿Qué? ¿Es como un maestro de la espada? ¿Es por eso?

Precio rió entre dientes.

—Espada, lanza, flecha, roca... lo que tenga a mano. —Se volvió a mirar a Hadrian—. El Diamante no sabe tanto sobre ti como sobre él, pero corren muchos rumores. Uno dice que fuiste gladiador. Otros informan que fuiste general de un ejército caliano, y de éxito, si las historias son dignas de crédito. Incluso corre el cuento de que fuiste el cortesano esclavizado de una exótica reina oriental.

Algunos de los otros diamantes, incluido Grabador, rieron entre dientes.

—Por muy divertido que haya sido este viaje retrospectivo por el sendero de la memoria, Precio, ¿tienes alguna razón para detenernos?

—¿Quieres decir aparte de divertirme? ¿Aparte de acosarte? ¿Aparte de recordarte que ésta es una ciudad controlada por el Diamante Negro? ¿Aparte de informarte de que a los ladrones que no

pertenecen al gremio, como vosotros, no se les permite practicar aquí, y que tú, personalmente, no eres bienvenido?

—Sí, eso quería decir.

—En realidad, hay una cosa más. Hay una muchacha que os está buscando a los dos.

Royce y Hadrian se miraron el uno al otro con curiosidad.

—Ha andado dando vueltas por ahí preguntando a la gente por dos ladrones llamados Royce y Hadrian. Ahora bien, por divertido que haya sido oír que vuestros nombres eran anunciados públicamente, para el Diamante Negro resulta bochornoso que alguien pregunte en Colnora por unos ladrones que no son miembros de nuestro gremio. La gente podría hacerse una idea equivocada de esta ciudad.

—¿Quién es? —preguntó Royce.

—Ni idea.

—¿Dónde está?

—Durmiendo debajo del Arco del Comerciante, en el bulevar del Capitán, así que podemos descartar la posibilidad de que sea una noble debutante o la hija de un rico mercader. Puesto que viaja sola, pienso que también podéis descartar la posibilidad de que haya venido a mataros o a haceros arrestar. Si tuviera que adivinar, creo que está intentando contrataros. Debo decir que si es un ejemplo típico del tipo de clientes que atraéis, yo consideraría una línea de trabajo más tradicional. Tal vez haya una granja de gorrinos en la que podáis conseguir empleo; al menos allí tendréis compañías del mismo nivel que ahora.

El tono y la expresión de Precio se volvieron serios.

—Encontradla y salid con ella de la ciudad antes de mañana por la noche. Tal vez os interese daros prisa. Una vez limpia resultará bonita y se podría conseguir por ella un buen precio, o al menos podría proporcionar varios minutos de placer a alguien. Sospecho que la única razón por la que todavía no la han tocado es porque ha estado mencionando vuestros nombres por todas partes. Por aquí, Royce Melborn es todavía una especie de coco.

Precio se dio la vuelta para marcharse y volvió a hablar en tono burlón.

—De verdad que es una lástima que no puedas quedarte por aquí; en el teatro ponen una obra sobre un par de ladrones a los que atraen a una trampa para acusarlos de asesinar al rey de Medford. Está basada libremente en el verdadero asesinato de Amrath,

que sucedió hace varios años. —Precio negó con la cabeza—. Muy poco realista. ¿Podéis imaginar a un ladrón experimentado que se deja atraer a un castillo para robar una espada con el fin de salvar a un hombre de un duelo? ¡Escritores!

Precio continuó negando con la cabeza mientras él y los otros ladrones dejaban a Hadrian y Royce en el puente y se adentraban por las calles de la otra orilla.

—Bueno, eso ha sido agradable, ¿no crees? —apuntó Hadrian mientras desandaban sus pasos para volver a subir la colina en dirección al bulevar del Capitán—. Buen grupito. Me decepciona un poco que sólo hayan enviado a cuatro.

—Son sobradamente peligrosos, créeme. Precio es el primer dirigente del Diamante, y los dos que estuvieron callados eran taburetes. Y había seis más, tres a cada lado del puente, en la cornisa exterior, fuera de la vista, por si acaso. No querían correr ningún riesgo con nosotros. ¿Eso te hace sentir mejor?

—Mucho mejor, gracias. —Hadrian puso los ojos en blanco—. Plumerero, ¿eh?

—No me llames así —dijo Royce con tono serio—. Nunca me llames así.

—¿Que no te llame cómo? —preguntó Hadrian con aire inocente.

Royce suspiró y luego le sonrió.

—Acelera el paso; al parecer estamos haciendo esperar a una clienta.



A la muchacha la despertó una mano áspera sobre un muslo.

—¿Qué llevas en esa bolsa, guapa?

Desorientada y confundida, se pasó las manos por los ojos. Estaba en la cuneta de debajo del Arco del Comerciante. Su pelo era un mugriento enredo de hojas de árbol y ramitas, y su vestido un harapo maltrecho. Aferraba contra el pecho una bolsita diminuta cuyo cordel le rodeaba el cuello. A la mayoría de transeúntes podía parecerles un montón de basura que habían tirado junto a la calzada, o una mezcla de tela y ramitas amontonadas allí por los barrenderos. Sin embargo, había algunos que se interesaban incluso por los montones de basura.

Lo primero que vio la muchacha cuando sus ojos pudieron enfocar fue la oscura cara demacrada y la boca abierta del hombre que estaba acucillado sobre ella. Gritó e intentó apartarse a rastras. Una mano la agarró por el pelo. Unos brazos fuertes la obligaron a tenderse y le sujetaron las muñecas a los lados.

Sintió en la cara el aliento caliente del hombre que olía a licor y humo. Le arrancó los dedos de la bolsita y le quitó el cordel de alrededor del cuello.

—¡No! —Logró liberar una mano y la tendió hacia la bolsita—. Necesito eso.

—Y yo también —respondió el hombre con una risa socarrosa, y apartó la mano de la chica de una palmada. Al sentir el peso de las monedas que contenía la bolsita, sonrió y se la metió en el bolsillo pectoral.

—¡No! —protestó ella.

Él se le sentó encima, inmovilizándola contra el suelo, y le pasó los dedos por la cara, a lo largo de los labios, y se detuvo al llegar a la garganta. Con lentitud, le rodeó con ellos el cuello y se lo apretó sólo un instante. Ella soltó una exclamación ahogada, esforzándose para respirar. El asaltante presionó los labios contra los de ella, con tal fuerza que la muchacha se dio cuenta de que al hombre le faltaban dientes. Los duros pelos del bigote le rasparon el mentón y las mejillas.

—Shhh —le chistó él—. Apenas estamos empezando. Necesitas conservar las fuerzas. —Se enderezó hasta quedar de rodillas, y se llevó una mano a los botones de los calzones.

Ella se puso a luchar arañándolo, pateándolo. El tipo le puso las rodillas sobre los brazos para sujetárselos, y los pies de la muchacha sólo hallaron aire. Gritó. El hombre reaccionó dándole una fuerte bofetada. La conmoción la dejó aturdida, con la vista fija en la nada mientras él volvía a ocuparse de los botones. El dolor aún no se había hecho sentir, no del todo. Estaba allí, aumentando, y ardía como fuego en su mejilla. A través de los ojos que se le inundaban de lágrimas lo vio encima de sí como si observara la escena desde fuera. Los sonidos fueron reemplazados por un zumbido sordo. Vio moverse los rajados y despellejados labios de su atacante, tensarse los músculos de su garganta, largas cuerdas repugnantes, pero no oyó ni una sola palabra. Logró liberar un brazo, pero se lo cogió y lo metió otra vez debajo de la rodilla, fuera de la vista.

Vio que se acercaban dos figuras por detrás de él. En algún sitio de su interior surgió a la vida un hilo de esperanza.

—Ayudadme —logró susurrar débilmente.

El hombre que iba delante desenvainó una espada enorme que sujetó por la hoja para golpear con el pomo. El atacante de la muchacha cayó cuan largo era en la cuneta.

El hombre de la espada se arrodilló junto a ella. Era tan sólo una silueta contra el cielo negro carbón, un fantasma en la oscuridad.

—¿Puedo ayudar en algo a mi señora? —Ella oyó su voz... una voz agradable. Una mano del hombre encontró la de ella y tiró para ayudarla a ponerse de pie.

—¿Quién es vuestra merced?

—Me llamo Hadrian Blackwater.

Ella se quedó mirándolo.

—¿De verdad? —logró decir la muchacha, que no le soltaba la mano. Sin darse cuenta, se puso a llorar.

—¿Qué le has hecho? —preguntó el otro hombre al acercarse.

—No... no lo sé.

—Estás apretándole demasiado la mano. Suéltala.

—Yo no se la sujeto. Es ella quien sujeta la mía.

—Lo siento. Lo siento. —Le temblaba la voz—. Es que pensé que nunca encontraría a vuestra merced.

—Ah. Bueno, pues me ha encontrado. —Él le sonrió—. Y este tipo de aquí es Royce Melborn.

Ella soltó una exclamación ahogada y le echó los brazos al cuello al hombre de menor estatura para estrecharlo con fuerza mientras lloraba aún más. Royce permaneció tieso, incómodo, mientras Hadrian la apartaba.

—Pues tengo la impresión de que se alegra de vernos. Eso es bueno —le dijo Hadrian—. Y... ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Soy Thrace Wood, de Villa Dahlgren. —La muchacha sonreía. No podía evitarlo—. Hace mucho tiempo que busco a vuestras mercedes.

Se tambaleó.

—¿Está bien?

—Un poco mareada.

—¿Cuándo comió por última vez?

Thrace se quedó pensativa mientras sus ojos iban de un lado a otro al intentar recordar.

—No importa. —Hadrian se volvió a mirar a Royce—. En otros tiempos ésta fue tu ciudad. ¿Tienes idea de dónde podemos conseguir ayuda para una joven dama en mitad de la noche?

—Es una pena que no estemos en Medford. Gwen es fantástica para este tipo de cosas.

—Bueno, ¿y aquí no hay un burdel? A fin de cuentas, estamos en la capital comercial del mundo. No me digas que no saben lo que es eso.

—Sí, hay uno agradable en la calle Sur.

—Vale. Thrace, ¿verdad? Acompáñenos. Veremos si podemos conseguir un sitio para que se asee y tal vez algo de comida.

—Espere. —Se arrodilló junto al hombre desmayado y recuperó la bolsita de monedas del bolsillo.

—¿Está muerto? —preguntó.

—Lo dudo. No lo golpeé con tanta fuerza como para eso.

Al levantarse, sintió que se le iba la cabeza y la oscuridad comenzó a inundar su campo visual. Osciló durante un momento como si estuviera ebria, dio un traspié, y por último cayó. Recuperó la conciencia sólo un breve instante y sintió que unos brazos cuidadosos la levantaban. A través del zumbido sordo oyó una risa entre dientes.

—¿Qué es tan gracioso? —oyó que preguntaba uno de ellos.

—Sospecho que ésta es la primera vez que alguien visita una casa de putas y lleva consigo su propia mujer.